

MIENTRAS DUERME

Adrián Rivera Arco

Mis ojos despiertan y no perciben su rostro. Temo mirarlo por si no me reconozco.

A su espalda, solo son los lunares de un hombre que desconozco.

El codo derecho. Sus nalgas. Sus piernas. La planta de su pie izquierdo.

He hecho el amor con retales de carne y polvo.

No, en realidad he gemido olvido.

Penetro mi visión en el interior de su cabello, surcando sus rizos, desentrañando por qué no puedo susurrar su apodo.

Ambos nos despojamos.

Como rosas, en la noche nuestra belleza era caracterizada por cada uno de nuestros pétalos.



Ahora, solo somos tallos sin rostro con espinosos corazones que nos impiden recordar quiénes somos.

¿Cómo son sus labios indecorosos?

Sus pronunciadas venas son como las oraciones de un cuento.

Bombean vida, poesía y plácido aliento.

Nos deshacemos como la cera, siendo cada uno la ardiente llama frente al otro.

Somos lectores del reflejo de nuestros ojos.

Nos leemos, nos comprendemos, nos engañamos y nos malinterpretamos.

Nos arrastramos hacia el infierno con un ángel bajo nuestros hombros.
Escribe los párrafos de mi nueva novela mediante los latidos de su corazón.

Es un error.

Porque hasta el corazón comete faltas ortográficas y deja de ser sonoro.

Comienza a jadear despertando.

Se alza de la cama y veo su altanera figura escapando.

Jamás conoceré su rostro.

No hay espejos en la habitación para adivinar su reflejo.

Sólo la parte posterior a su fachada con la cual engaña e invita a no recordar de nuevo.

Entonces dibujo su rostro con las acuarelas propias de mi instinto.

Cómo son sus labios y sus ojos.

Escribo de igual forma un distinto epílogo.

Vuelvo mi cuerpo hacia el otro lado del lecho.

Hay otro cuerpo. Otra historia sin título ni último capítulo.

Mis ojos despiertan y no perciben su rostro. Temo mirarlo por si no me reconozco.